

subsistencia; por superación constante de la fuerza de gravedad ontológica que en todo ser contingente es una tendencia hacia la caducidad, una llamada hacia la muerte. Cada instante de existencia es una superación del no-ser, una resistencia a la caída, un nuevo comenzar a existir. Por eso, el contingente necesita ser sostenido de continuo en el ser, necesita de continuo *empezar a ser*. Y para ello, precisa también constantemente del Ser fundamentante y que da todos los comienzos de existir: del Ser Creador. La *conservación es una creación continuada*.

Toda creatura es, pues, un algo suspendido, mientras existe, sobre la nada; incapaz en absoluto de mantener por sí misma la flotación. «Dios, en efecto—dice Salmerón—, se dona a toda creatura, en tanto que está en ella conservándola para que, grave, no caiga hacia su propio sitio, esto es, hacia la nada, de donde salieron todas las cosas... Y lo mismo que las manos sostienen el cálamo, para que no se escurra, así Dios conserva perpetuamente de la nada todas las cosas» (In Joan.-XVI-L. I. disp. IV-203-2.^a)

¿Qué sensación de angustia no sufriría la creatura que se conociese a sí misma en tal suspensión sobre la nada, desfalleciente de horror, faltándole a cada instante la energía, sujeta al vértigo y a la terrible ley de su propio *pondus* que le inclina irremisiblemente hacia el oscuro y temeroso abismo; y con la *inseguridad* de que la mano misteriosa y fuerte que ahora lo sostiene, lo siga haciendo en el siguiente instante?

Pues hay una tal creatura: el hombre. Y una tal angustia: la existencial.

A toda creatura le ocurre esa terrible contingencia de su *contingencia*. Pero solamente el hombre se da cuenta de ella. Y a ese darse cuenta, a ese conocer la propia radical labilidad, es a lo que la filosofía existencial parece llamar particularmente *existencia*.

Esta es, pues, el grado especial del ser personal y consciente, del hombre que sabe que es contingente y reflexiona y medita sobre su contingencia. Así dice Heidegger: «La «*esencia*» de la «*existencia*» consiste en su existencia».

Es decir, lo esencial del hombre es ser no sólo subsistente, sino existente (en el citado sentido heideggeriano, el cual indica viva adquisición sobre el ser, así como la vivencia consciente de la angustia metafísica).

De modo que la existencia es tanto más existencia o tanto más auténtica, cuanto más *preocupada* está por el sentido de ser, cuanto está más poblada de *cuidados*, cuanto más intensamente vive con *angustia moral* o existencial aquella angustia ontológica propia de todo lo contingente.

EXTREMEÑOS DE OTRORA

Alonso Hurtado de Mendoza, fundador de La Paz

POR MOISÉS MARCOS DE SANDE

Alonso Hurtado de Mendoza, fundador de la ciudad sudamericana de La Paz, ¿fué garrovillano?

He aquí una interrogante que dejo abierta para que la cierren los doctos enamorados de la hermosa Clío; pero en tanto no se me demuestre lo contrario, sostendré que fué garrovillano.

Si estudiamos la genealogía extremeña, veremos con harta frecuencia la mutación de los apellidos Hurtado y Mendoza, hasta el punto de hacer surgir la proverbial frase: «No hay Hurtado que no sea de Mendoza, ni Montero que no sea de Espinosa», que Publio Hurtado recoge aunque sea para negar el aserto (1). El propio autor al tratar del apellido Hurtado en las familias cacereñas, demuestra que en su mayoría eran oriundos de Garrovillas, incluso el citado autor.

Ahora bien, el capitán Alonso de Mendoza, natural de dicha villa, y del que Publio Hurtado (2) afirma que era amigo de Velázquez, y que desde la Fernandina marchó con Garay a la Jamaica, acompañándole a la conquista de Pánuco, después de cuya desgraciada empresa se acogió a la villa de Santisteban del Puerto, de la que se le extrañó por levantisco y sedicioso, por lo que hubo de marchar al Perú donde se mezcló en los disturbios y resultas que ensangrentaron dicho país, ¿pudo merecer, dados estos antecedentes, la confianza de La Gasca hasta el punto de que éste le encargara la fundación de La Paz, actual capital de Bolivia, para conmemorar la finalización de las luchas con Gonzalo Pizarro?

Lo cierto es que el famoso pacificador del territorio de los Incas, encargó al capitán Alonso de Mendoza la creación de una ciudad entre Cuzco y La Plata, y que el sábado 20 de Octubre de 1548, fué al valle de Chuquiapu para fundar la población de Nuestra Señora de la Paz, conmemorándose así la concordia entre los partidarios de Pizarro y Almagro.

Fué el propio Mendoza el primer Regidor de la nueva ciudad, siendo su primer acto el de erigir en la plaza de Chunibamba la picota o rollo como signo de sumisión jurisdiccional de aquellas tierras al primero de los reyes Carolingios españoles. El día 20 de Noviembre del mismo año se pusieron los cimientos de una iglesia bajo la advocación de San Pedro, dato interesantísimo por lo que más adelante se dirá. En el escudo de armas de la ciudad figura un yelmo en alto y una paloma con un ramo de olivo en el pico, en el centro una corona, debajo de ésta un león y enfrente un cordero, ambos en actitud pacífica. En lontananza aparece una montaña nevada de cuyas faldas nace un río, y en la orla la siguiente leyenda:

(1) Publio Hurtado.—«Ayuntamiento y familias cacereñas», pág. 544.

(2) Publio Hurtado.—«Indianos cacereños», pág. 96.

«Los discordes en concordia
con paz e amor se ayuntaron
e pueblo de Paz fundaron
para perpetua memoria».

A este Mendoza, la Enciclopedia Espasa lo hace, erróneamente, origenario de Don Benito.

El diplomático americano, Valentín Viu y Ventelló, en carta fechada el 25 de Abril de 1935, que obra en mi poder, pedía al párroco de Garróvillas, don Simón Herrera Valle, noticias del capitán Alonso de Mendoza, natural de dicha villa y fundador por mandato de La Gasca de la ciudad mencionada de Nuestra Señora de la Paz, capital de Bolivia, como recuerdo y feliz remate de las luchas con el loco de Gonzalo Pizarro, que terminaron en la batalla de Huarina, (aunque yo creo que la última batalla de esta contienda fué en rigor la de Xaquixaguana, según sienta Enrique Lebrun en su «Historia de la conquista del Perú»—edición de 1862, págs. 230 y 245).

Teniendo en cuenta todos estos datos, realzados por el hecho, antes mencionado, de la erección de la iglesia de San Pedro por Mendoza, recordando con seguridad la en su villa existente, así como la abundancia en Garróvillas de los apellidos Hurtado y Mendoza, a veces aislados y a veces formando apellido compuesto, y no perdiendo de vista el extremo elocuente de que en Don Benito no existe ni ha existido ninguna iglesia dedicada al Padre de los Apóstoles, nos inclina a creer, con grandísimas probabilidades de acierto, que el tal capitán Alonso de Mendoza o Alonso Hurtado de Mendoza, sea garrovillano.

La invasión de los franceses a principios del siglo pasado, que provocó en nuestra patria la Guerra de la Independencia, destruyó los archivos de Garróvillas, que fueron quemados por los invasores, lo que impide la confirmación irrefragable de la hipótesis expuesta.

No obstante, los datos citados están contestes en que el tal Mendoza era capitán y en que intervino destacadamente en los revoltosos sucesos del Perú, viniéndose a deducir que se trata de un solo personaje, y no de dos personas distintas; y como quiera que la mayoría de los textos citados le dan origen garrovillano, a esto nos atenemos, pese a que Publio Hurtado lo considere como «perturbador», pues con todo, bien pudo merecer la confianza de La Gasca por su valor reconocido, si le apoyó como es probable en contra de Pizarro, pues de lo contrario, si hubiera sido su adversario, habría caído ejecutado bajo el hacha del verdugo, dada la alta categoría que ocupaba, corriendo la misma muerte que otros pariguales, de lo que no hay constancia ninguna.

Por todo ello concluimos afirmando que el capitán Alonso de Mendoza, o Hurtado de Mendoza, fundador de La Paz, fué garrovillano.



ESTAMPA DE OTROS TIEMPOS

LA FERIA DE MALPARTIDA

Por «DANHUR»

La feria de Malpartida despertaba en la juventud cacereña un desbordado entusiasmo, no por lo que de aparatosa visualidad tienen estas fiestas, pues ya es sabido en qué pueden consistir las de los pueblos: el rodeo —que solo se visitaba por los que tenían algo que comparar o vender allí—unas modestísimas tiendas de juguetes, algunos puestos de turroneos y golosinas y las indispensables ruedas de la rifa rodeadas de mozos y chiquillos que, por cinco o diez céntimos la tirada, aspiraban a que les tocara el número donde se hallaba el cigarro puro artísticamente bordado o la cilíndrica cajetilla de sesenta.

Pero, ¿y los bailes? ¡Aquellos bailes de organillos o de guitarra y acordeón, que duraban hasta las tantas de la madrugada! Esos no se olvidaban fácilmente y era tema propicio de añoranzas en el transcurso del año. Y si no, que se lo pregunten a los que tuvieron la dicha de disfrutarlos.

—Irás a la feria ¿no es eso?

—Ya lo creo que iré; con mi hermana y con sus amigas, y con otros más. ¿Y tú?

—Eso no se pregunta. Si me haces un hueco en el carro, contar conmigo. ¿Qué día, el primero o el segundo?

—Puede que los dos días. Pero sobre lo de hacerte sitio en el carro no te lo puedo asegurar; somos ya lo menos veinte y tendrías que hablar con Segundo, que es el que nos lleva. Además, que yo sepa, van también los carros de Juan el Sordo, de Pedro Alonso, el del Feo y el del Cuadrado...

—Y si no, me voy en bicicleta, o un pie tras otro; después de todo dos leguas, total, hora y media de camino; nada, un paseo.

Y lo cierto es que tal y como lo pensaban lo hacían. Con los doce kilómetros en el cuerpo, un trago del tintillo y lo que pudiera encontrarse en el pueblo para comer—que nunca faltaba un buen trozo de chorizo, un cuarteroncito de queso y un melón o sandía de la tierra—se pasaban todo el día emparejados con las simpáticas malpartideñas, vestidas con sus típicos refajos y pañuelos de cien colores; peinadas con su bien trenzado moño de picaporte, adornadas con pendientes de calabaza y gargantilla de gruesas cuentas de bien macizo y contrastado oro de 18 kilates. Nada de pinturas, pues entonces no había llegado aquí la barrita para los labios, ni el «rimmel» para los ojos, ni el carboncillo para acentuar las ojeras. Las ojeras eran naturales después de un día de holgorio y una noche de baile, y los colores rompían el aterciopelado cutis, y los labios eran rojos pétalos de fresca rosa:

«Es tu boca de rubies
purpúrea granada abierta,
que en el estío convida
a apagar la sed en ella».

Y esto que decimos de las de fuera de casa, era común en las lindas cacereñas: también tocadas con ricos y vistosos pañolones, hermosas gar-